

CONCLUSIONES

Resulta evidente que cuando algo funciona bien durante siglos, como ocurre con el sistema parlamentario Westminster, es muy difícil ir añadiendo piezas a la maquinaria en operación y, en todo caso, aquello que refuerza esta precisa y fina ingeniería democrática suele provenir de la práctica y se va incorporando de manera lenta, a través de los usos y costumbres. De ese modo, lo nuevo no genera un trauma sistémico y en cambio va fortaleciendo el carácter deliberativo y representativo de las sociedades en las que dicha estructura se desarrolla y evoluciona.

Este esquema deliberativo y representativo, heredado del Medievo inglés y escocés, y que opera en una de sus formas más puras en Canadá, se fortalece en la práctica bipartidista, en la cual se han instalado sus elites desde hace más de siglo y medio. Lo anterior no significa que el acceso al poder esté vedado a actores o personajes políticos emergentes, sino que éstos se insertan en unas dinámicas partidistas que parecen tener vida propia gracias al carácter institucional, a la disciplina dentro del partido y a la defensa de parte de las elites y del propio líder en turno, el cual suele promover los valores fundacionales de las dos agrupaciones hegemónicas, en este caso, las de liberales y conservadores.

El nivel de desarrollo, práctica y experiencia que ambas agrupaciones partidistas han alcanzado en Canadá a lo largo de las décadas los han convertido en entidades poderosas que expanden su influencia y valores a todas las regiones del país, logrando que una población multicultural y multiétnica termine abrazando como propias dichas identidades partidistas dominantes personificadas por hombres blancos, anglosajones y protestantes, así como por blancos francófonos y católicos. Este núcleo fundacional, amparado en el parlamentarismo heredado de la metrópoli inglesa, ha llevado a Canadá a ser el país más estable de todo el continente, el más democrático y el más

progresista, lo que lo convierte en un paradigma de la democracia, algo de lo cual ni su vecino inmediato del Sur puede presumir pues, por ejemplo, Canadá no cuenta con magnicidios en su historia política ni bochornosos acontecimientos en los que turbas descontentas tomen por asalto su Parlamento, como sí ocurrió a principios de 2021 en la capital de Estados Unidos.

No obstante, como se ha visto, este parlamentarismo bipartidista canadiense ha encontrado en los movimientos de izquierda a sus más tenaces rivales, los que, empeñados en formar parte de la política a nivel federal, no han cesado en su afán de integrarse a una fiesta a la que no han sido invitados. Y es que aunque los espacios de oportunidad política en Canadá permiten el surgimiento de múltiples expresiones partidistas, sobre todo de carácter local-provincial, éstas suelen desvanecerse en la arena federal, pues los únicos participantes con la infraestructura necesaria para contender en todo el país habían sido, desde 1867, liberales y conservadores.

Sin embargo, los obreros sindicalizados, así como las agrupaciones de agricultores, de trabajadores urbanos, de mujeres sufragistas, de pequeños empresarios y de profesionistas fueron encontrando elementos de cohesión ideológica que les permitieron ganar representatividad en la escena política a través de grupos locales, en distintas provincias. De estos primeros grupos fueron surgiendo organismos políticos regionales que al principio parecían no tener grandes oportunidades de competir contra las maquinarias electorales de los dos partidos dominantes.

De tal forma, la necesidad de sobrevivir y trascender llevó a tales partidos regionales y provinciales a fundar la primera agrupación partidista de izquierda a nivel nacional, la Federación Cooperativa de la Commonwealth (CCF), desde la cual, a partir de los años treinta del siglo xx, comenzaron, literalmente, a arrebatar asientos parlamentarios a los dos organismos hegemónicos. Así, dados los conflictos internos que toda agrupación de izquierda suele experimentar, los grupos comunistas fueron proscritos del partido estableciendo sólidas bases socialdemócratas que buscaban acceder al poder mediante procesos democráticos con miras a proteger y promover los derechos de los más necesitados mediante apoyos y programas estatales.

Para consolidar su presencia, la izquierda partidista canadiense tuvo que crear una serie de documentos normativos a fin de señalar las rutas presentes y futuras, y evitar perderse frente a los liderazgos liberales que suelen apropiarse de los postulados de la izquierda para obtener beneficios electorales

en un esquema conocido como *first past the post*. Este sistema, como se ha visto, dificulta la existencia de partidos emergentes, pero no ha impedido a la izquierda canadiense mantener algunos nichos electorales desde donde combatir, con menos recursos, tanto a conservadores como a liberales.

En esta dinámica evolutiva de la izquierda, la fundación del Partido Neodemócrata (NDP) en los años sesenta del siglo XX fue el mayor acto de disidencia y reafirmación política en la historia canadiense, ya que desde su propia trinchera, este organismo comenzó a luchar con denuedo por conquistar determinados distritos electorales que habían estado dominados durante décadas por otros partidos y grupos.

Como se ha constatado en este trabajo, los liderazgos partidistas suelen jugar un papel primordial para el éxito o fracaso de un proyecto partidista en el corto plazo, pero más allá de las figuras que de manera coyuntural pueden encumbrarse como líderes de un partido, lo cierto es que las estructuras partidistas y sus bases institucionales e ideológicas son lo único que pueden dar certeza y continuidad a los partidos políticos, y el caso de la socialdemocracia canadiense no es la excepción. Por ello, si bien se han revisado sus liderazgos, sus propuestas, sus estilos, éxitos y derrotas, lo más importante es considerar que el NDP y la izquierda en Canadá finalmente han encontrado su espacio en la arena electoral del país esperando, quizá, el momento oportuno para irrumpir con mayor fuerza en un ejercicio de ensayo y error, que al menos ha logrado mantenerlos vigentes en un escenario regularmente hostil, incluso hacia su propia existencia.

De esta forma, tras repasar las estrategias de la izquierda canadiense para nacer, sobrevivir, multiplicarse y eventualmente triunfar se constata que el empeño y la renovación ideológica han sido los mejores elementos para mantener sana la democracia nacional que, como se ha dicho, es por muchos motivos la joya de la corona democrática del continente americano. Por ello hacemos votos por su pervivencia, pues da esperanza a la región y a todo el hemisferio.